MOHAMED EL MORABET

Ecos en la nieve

Galaxia Gutenberg

En alguna montaña.
En invierno.
En una choza.

Por el hueco de la persiana rota se ve la copa del cedro. El azul cielo acentúa el verde de agujas cortas, poco carnosas. Nacen de un tronco majestuoso. Una mujer las observa mientras respira. O al menos eso parece. El viento mece una aguja y bailan todas. El sol acaricia una y sonríen todas. La mujer no se mueve, impasible ante los detalles humildes del árbol. El hueco de la persiana rota deja pasar unos rayos de luz que dan a una mesa sucia, con patas de hierro oxidadas, con la tabla de madera desconchada. Aún conserva pecas blancas del revestimiento de la pintura. Encima hay un plato de acero esmaltado blanco con borde azul marino. Está sin lavar, con huesos de aceitunas del desayuno. O de la cena. Al lado de la mesa, sobre una silla igual de estropeada por la herrumbre, con el respaldo partido en dos, hay una mochila negra con cremalleras rojas.

La mujer es flaca, joven a pesar de las arrugas marcadas de la frente. El pelo grasiento, recogido con un coletero morado, destella su color castaño cuando lo alcanza un rayo de luz. Un mechón le cubre la ceja izquierda. Tiene una pequeña cicatriz en la nariz, casi en el entrecejo. A primera vista parece una marca de nacimiento. Divide simétricamente los ojos e imprime a su mirada una extraña dureza. Los labios agrietados y la palidez del rostro resaltan ese gesto duro. Está acostada encima de una colchoneta mugrienta sobre el suelo. Envuelta en una manta, cubierta con un jaique. Respira suave.

La choza es cuadrada, húmeda. A dos pies de distancia de la colchoneta hay un baúl rectangular. Más o menos de un metro de largo por medio metro de ancho. Antiguo, con la madera podrida y la tapa combada. Las cuatro paredes están desnudas. Ningún adorno. Ningún recuerdo. Ninguna señal de afecto. Los muros son de adobe, piedra y madera. Construidos con impericia, sin esmero a juzgar por el olor a dejadez que desprenden. Una alcayata sobresale de la tapia en la que se apoya el baúl. Un hacha con una soga atada al mango cuelga de un clavo en la pared que separa la ventana de la puerta. Unos palmos abajo, cuelga de otro clavo menos visible un cazo rojo por fuera,

por dentro azul metálico con manchas de quemado. La puerta es de chapa, ni cierra ni abre del todo, permanece entornada. El techo es de paja y tierra batida extendida sobre vigas oscuras. Y gotea. Una gota cae sobre el baúl. En el extremo diagonal de la choza, otra gota cae al suelo de tierra. Las dos gotas se alternan. A veces se hacen eco. Primero una, luego la otra. Así desde anoche. Como si se comunicaran en código.

En medio de la choza agoniza una hoguera. Sin fuego, sin calor. Sólo rescoldos.

Por el hueco de la persiana rota se ven bandadas de aves que atraviesan el fondo azul cielo. Vuelan de derecha a izquierda. Tal vez de norte a sur. Un arrendajo se posa encima de una rama del cedro. Triste, con una raya anaranjada en el costado. Castañetea con el pico, vigila. Infla el pecho y reemprende el vuelo. Al rato, una abubilla desciende errática y ocupa su lugar en la misma rama. Más grande, más colorida, igual de triste. Danza el cuello, abanica el penacho, revolotea a otra rama. Estira las alas. Y luego desaparece. Se oye trinar a lo lejos.

El rasgueo de la hojarasca arrastrada por el viento.
La melodía melancólica de los árboles.

El cuchicheo de los insectos.
El coro de la montaña.

Por el hueco de la persiana rota penetra un aroma saturado a bosque húmedo. Una mezcla a mirto y melisa, tomillo y retama. La mujer se tapa el cuello con el jaique de lana sin tintar, tiene dos franjas horizontales teñidas con extracto de henna. El color garbanzo y los jirones en los extremos del manto atestiguan que arrastra tantos o más inviernos que su dueña. La cabeza se hunde en un cojín blanco con motivos de tréboles marrones. A juzgar por el movimiento respira fuerte, un ronquido leve y apagado. La consonancia acompasa el goteo del techo. Poco a poco se serena. Al rato, cambia de postura. Se pone de lado en posición fetal. Siempre de cara a la ventana. Tira de la manta con la mano por dentro y se la remete mejor bajo los pies. La respiración se acelera de nuevo. Desajusta el ritmo de las gotas. La sangre fluye lenta, recupera su ritmo. Mantiene los ojos entreabiertos, vigilantes.

El roce de las hojas con las ramas adelanta un maullido acompañado por un soplo de aire fresco. Por el hueco de la persiana rota asoma la cabeza de un gato.

Segundos después, el gato entra por la puerta entornada. Sigiloso. Un paso y escudriña la choza. Otro paso y se detiene, alza la cola y las orejas. Olisquea frenético alrededor. Teje un movimiento en varios sentidos, aleatorios. Olfatea el hedor que emana de la manta y el jaique. Se echa para atrás. Se acerca y husmea el baúl. Salta del suelo y da cuatro pasos encima. O, en su caso, ocho. Cuatro y cuatro. La tapa combada rechina. La mujer se agita aunque no emerge del fondo de su universo. Del baúl salta a la colchoneta, golpetea con las garras el bulto que forman los pies de la mujer debajo de la manta, ella flexiona instintivamente las piernas. De la colchoneta se desvía a los zapatos y al bidón de agua. De los zapatos se traslada a la silla, intenta alcanzar la mochila desde el suelo. Sube a la silla, olfatea, y enseguida salta a la mesa. Pisa el plato de acero esmaltado que cae al suelo. Levanta polvareda. El ruido estremece en medio del silencio espeso y se filtra abrupto en el sueño de la mujer. Abre los ojos. Sobresaltada.

«Sssssb.»

«Sssssb», repite un eco débil.

El gato reacciona más al eco que a la voz destemplada de la mujer. La mira curioso un instante y se da la vuelta. Desde el quicio de la puerta, el gato echa un último vistazo al lugar y a su huésped. Y se marcha. Como pidiendo perdón.

Fuera, el viento sopla ligero.
Un maullido. Dos. Tres.
Silencio.

«Un gato negro con manchas blancas, ¿me oyes? No te preocupes, lo he espantado. Me ha mirado y se fue. Aunque más bien creo que es blanco con manchas negras.»

El eco rehúsa aclarar la duda. La mujer resopla, expulsa la angustia que se le apelotona en el pecho. Yergue la espalda contra la pared, estira el torso. Con mucho esfuerzo ajusta los calcetines, las gomas cedidas. Pies inalcanzables para su poca flexibilidad. Se rasca el cabello. Aparta el mechón de la cara. Recoloca bien el jaique encima de la cabeza y sobre los hombros. Se ciñe mejor la manta a la cintura. Humedece los labios con la lengua y mastica la salivilla que se le forma en las encías. Mira de reojo el plato volcado en el suelo, los huesos de aceitunas esparcidos alrededor. Observa extrañada la coreografía del remolino de polvo que ilumina el rayo de luz. Barre de un vistazo la choza de punta a punta. De gota a gota. Repara en la hoguera apagada. Se sopla las palmas de las manos juntas, los dedos entumecidos, las uñas ennegrecidas. Las frota. Exhala dentro del abrigo y mete la nariz para inhalar el aire reciclable de su aliento.

La mujer permanece engurruñida en su rincón. Un hormigueo nace en el estómago y recorre sus arterias. Se convierte pronto en calambres. Espasmos en la zona lumbar de la espalda, en la pantorrilla derecha, en el bajo vientre. Se retuerce, se sacude con energía. Luego se queda quieta. Abstraída en el milagro de vivir sin placer. Absorta en el dolor que no perdona a sus articulaciones. Largo rato. Los ojos entreabiertos. En alerta. Cabecea.

Una gota al baúl. Una gota al suelo.

Un estornino negro sobrevuela la copa del cedro.

Veintidós gotas al baúl. Veintitrés gotas al suelo.

El cuello se desploma pesado en su pecho y abre los ojos. Adormilada, parpadea para desperezarse. Mira la copa del cedro por el hueco de la persiana rota. Concentra el pensamiento en otro lado. Lejos. Muy lejos. En el viaje que emprende la nube que consigue ver a medias. Disfruta la calidez que le produce el rayo de luz que alcanza una mejilla. Confía en que aparezca un pájaro.

La mirada perdida en el porvenir del cielo a través del hueco.

«Me tengo que levantar, ¿me oyes?, al menos un rato.»

Después de un suspiro lastimoso, amaga con levantarse. Antes se rasca la cicatriz de encima de la nariz, cierra los ojos y aprieta el labio inferior. Cada día le cuesta más ponerse en pie. Se incorpora por etapas. Se apoya en el pedrusco junto a la colchoneta, en la pared. Despacio. Luego en el respaldo de la silla. Tropieza. Paso en falso. Casi se cae. Motas de polvo y ceniza se elevan hacia la cabeza mientras giran en espirales inverosímiles. El corazón le late furioso. Tose, carraspea.

«Debes cuidar esa garganta», parece replicar el eco.

Escupe saliva grumosa. Coloca la manta encima del baúl. Se abrocha el botón del cuello del abrigo negro. Alzar los brazos la agota. Un ligero vahído le nubla los ojos. El equilibrio y el desequilibrio enfrente. La gravedad y su centro. La pared se mueve, se acerca y se aleja. La realidad se altera. El vaivén de la mente. La búsqueda del punto fijo.

«¡Cuidado, mucho cuidado!»

Las rodillas crujen. El peso no perdona, no da tregua. Lo averigua cada mañana cuando se atusa el cabello y descubre el espanto entre los dedos. Siete meses de asombro, de pérdida paulati-

na, tenaz. Tanto que el ritual de desenredarse los mechones cada semana es un vago recuerdo. Tiene los tobillos hinchados. Evita mirárselos. Rigidez de espalda, bloqueo en la columna vertebral. Siente chispas de dolor con cada pisada. Lo nota al calzarse. Primero el pie derecho con destreza. Luego el izquierdo con torpeza. Percibe el roce de las uñas. Los zapatos aprietan por la punta y por el talón. Cinco pasos hacia delante para asomar la cabeza por el hueco de la persiana rota y le sobreviene la flojera de piernas. Se apoya en la pared. La altitud de la montaña tampoco ayuda.

En el umbral de la puerta, inhala la humedad de la mañana. Ensancha los pulmones. Se enjuga las gotitas de la nariz con las mangas. Parte del jersey y parte del abrigo. Jersey de punto, morado de cuello alto. Mira lentamente al vacío inmóvil. El vacío no le devuelve la cortesía. Otea el colorido del paisaje, las cumbres calizas, el rojo de las accidentadas alturas, desde la vaporosa niebla hasta el sol. La imponente extensión en descenso le sobrecoge el corazón. Alarga la mano con la ilusión de acariciar un manto intangible de tonos verdes y ocres. Verde menta, ocre algarrobo, verde manzana, ocre oro, verde suculenta, ocre bellota, verde olivo, ocre carne, verde pasto, ocre pardo, verde aguamarina, ocre terracota. Una

gama primitiva se despliega hasta donde llega la vista, en la última frontera del horizonte. Los pinos cimbrean como péndulos desorientados. El follaje de encinas, sabinas y arces danza a orillas de un sendero cuyos meandros se pierden en ninguna parte y, sin embargo, la condujo hasta la choza. Una fragancia silvestre a anís y limón choca contra su olor corporal.

«Lo sé, lo sé. No me lo digas.»

Se agarra a la puerta para girar medio cuerpo hacia el bidón.

«Sé que huelo mal. No te rías.»

Oye el murmullo del caudal del río. Entrecortado. Tan lejos y tan cerca. Una cadencia entre de arroyo y de cascada. Ahora tímido, ahora vivo. Va y viene. Como si el viento afinara su instrumento para la balada de la duda. Ladea la cabeza y calibra con la mirada el bidón. Menos de la mitad. Bastante menos. Poco más que un litro.

«¿Tú qué dices? ¿Nos alcanza para mañana?»

Para su desgracia, la belleza de la montaña no concede certezas.

Se arma de valor y paciencia. Más de lo segundo que de lo primero. Debe ir a por agua. Da pasos cortos. De puntillas. Hacia delante, hacia atrás. Eleva al máximo los talones. Frunce el ceño, se le subraya la dureza en el rostro. Fortale-

ce los tobillos, aguanta los pinchazos, aclimata los pies. Sale de la choza.

Pasos.
Gemidos.
Resuellos.

Regresa cargada con troncos, ramas, piñas secas. Se agacha en el límite de las cenizas de la hoguera. Coloca una capa de piñas abajo. Encima, varios troncos gruesos dispuestos en forma de cono. Algunas ramas finas en los huecos. Sacude las manos. Tose, carraspea. Refresca con saliva la garganta. Se arrastra para buscar en el bolsillo de la mochila un cuaderno y una cajita de cerillas. Cinco cerillas, una sin cabeza de fósforo. Arranca una hoja del cuaderno, la arruga. Besa una cabeza de cerilla con los labios secos.

«Por favor, por favor... ¿Me oyes? Venga, tú también. Por favor, por favor...»

No es fuego, es un consuelo. La ofrenda por las súplicas. El ruego y el trofeo.

Se acurruca delante de la incipiente hoguera. Saltan chispas débiles. Imperceptibles. Como los restos de un grito desesperado a kilómetros de distancia. Observa una sospecha de llama. Vigila

cómo prenden las ramas. Una a una. Lentamente. Atiza con una varilla. La de ayer, la misma de hace días. Sopla suave. Con más fuerza. No advierte ningún cambio.

«¡No, otra vez, no! Tenemos que hacer algo.»

Se reclina hacia la mochila, la arrastra. Coge de nuevo el cuaderno. Avienta con energía las brasas. Espera. Se impacienta. Azuza un poco más. Aparta la cara. Se echa hacia atrás. Casi pierde el equilibrio. Un crujido en el pie derecho. Se muerde los labios. Se acuclilla mejor. Fuerza las rodillas. El humo la ciega. El hollín escuece. Cierra los ojos, parpadea. Los frota. Los abre y es fuego.

La recompensa, el alivio. La música del hogar.

Crepita a gusto. Extiende las manos frente a las llamas. Muy cerca. Gira las muñecas un buen rato. Ahora la palma, ahora el dorso. Los dedos se desentumecen. La piel se relaja. Otra vuelta. Ahora el dorso, ahora la palma. Los poros se dilatan. El vello se alisa. El dolor cede. Recupera brillo en el rostro. Tose, carraspea.

«Debes cuidar esa garganta», parece replicar el eco.

Una lagartija se adentra en el interior mudo de la choza. Entra por la rendija de la puerta. Atraída

por el resplandor rojizo de la llama. Se curva, ondula la cola. Repta hacia el baúl. Fisga. Se pierde entre los pliegues de la manta. Reaparece. Movimientos sueltos y circulares sobre la madera podrida. Pisa el pequeño charco que acumulan las gotas. Indecisa. Desaparece detrás del baúl. Resurge desde un lateral. Desciende rápida. Repta. Para. Repta. Para. Abre y cierra los párpados. Ojos saltones. Rezuman arrojo. Desconciertan. Amaga subirse a la colchoneta. Desiste. Nada. Siempre indecisa. Repta un poco más. Se detiene enfrente del bidón. Eleva la cabeza. Saca la lengua. Quiere acercarse a la llama.

«La invitamos, ¿no?»

Quiere compartir el fuego. Calentarse también. Lo desea.

«Acércate, no temas. Eres bienvenida, te invitamos.»

Retrocede cautelosa. Desconfía. La llama seduce. No arriesga. De repente, la lagartija gira y repta hacia el borde del baúl.

«Asustamos. No quiere, ¿me oyes?»

Trepa un trecho del baúl. Baja. Avanza. Saca la lengua. Repta, para. Repta, para. Absolutamente indecisa. Y se marcha. Como pidiendo perdón.

El susurro del reptil mengua.

El rumor del río crece.

La mujer saca de la mochila una bolsita de plástico con cuatro patatas y otra con un puñado de higos secos. Se mete dos higos en la boca. Mastica despacio. Se incorpora para descolgar el cazo. Dos pasos y dos punzadas en los tobillos. Acerca el bidón blanco de cinco litros. Otro paso, otra chispa de dolor en la rodilla. Bebe un poco. A sorbos. Tres y aparta el bidón. Nota cómo se humedecen los restos de los higos que aún rumia entre los dientes. Deja que el agua depure su garganta. Siente su trayectoria. Otros tres sorbos. Calibra cuánta queda. Lo suficiente.

Limpia dos patatas discretamente y las coloca en el cazo con agua sobre el fuego.

«Cuando vuelva, ¿me oyes?, estarán hechas.»

Guarda los higos y el resto de las patatas en la mochila.

«Cuando vuelva, ¡sí que me oyes!, estaré deshecha.»

Abandona la choza con una mueca apenas esbozada en la comisura izquierda de los labios. El bidón en una mano. El hacha en la otra.

Muchas gotas, al suelo y al baúl.

La nube se va.

Otra nube llega.

El techo ya no gotea.

La mujer regresa sofocada. Cuelga el hacha en su clavo. Deja el bidón lleno en el suelo. Se descalza, suspira aliviada. Acerca los zapatos empapados a la hoguera, con musgo y excremento pegado a las suelas. Envuelve la mano derecha con el largo de la falda negra y retira el cazo del fuego. Sin apenas agua. Con las patatas arrugadas, demasiado cocidas. Empercha con cuidado el jaique en la alcayata encima del baúl. Su mirada se posa en el pequeño charco sobre la tapa. Aparta una punta de la manta para que no se moje. Recoge el plato del suelo, lo enjuaga con un poco de agua del bidón.

«Tendrás hambre ya, ¿verdad?»

Se sienta a la mesa. El cazo y el plato delante. De la mochila a sus pies, saca una lata de sardinas en tomate, un tenedor y un cuchillo. Pincha con el tenedor una patata y la traslada al plato. Lo mismo con la otra. Se queda pensativa. Vuelve a guardar el cuchillo en la mochila. Aplasta las patatas con el tenedor. Encima abre la lata de sardinas. Suena un chasquido seguido de salpicaduras de aceite y tomate que le manchan la mano, el abrigo. Fastidiada, vacía la lata. El olor fuerte a pescado en conserva le asquea. Le produce una arcada. Comprime el rostro, reprime el estómago. Y come.